

**DISCURSO DE RECEPCIÓN DEL PREMIO
“DR. RODOLFO OROZ”
Academia Chilena de la Lengua
(Santiago, 25 de septiembre de 2006)**

Beatriz Quiroz

bquiroz@uc.cl

Pontificia Universidad Católica de Chile

Hace ya más de tres años, una persona, que hoy es un lingüista hecho y derecho, me instó porfiadamente a sumergirme en el estudio de las Ciencias del Lenguaje. Hasta entonces, por afición y por oficio, mi relación con este estudio había sido cercana aunque, en cierto sentido, difusa y no ajena a cuestionamientos.

Comencé a estudiar Lingüística y grande fue mi sorpresa cuando el lenguaje no solo *no* se me reveló con la claridad que había pretendido alcanzar; probó ser mucho más enrevesado y complejo que lo que había sospechado.

Empezó entonces mi pretencioso debate interno por apoderarme de este objeto de estudio tan inasible. Supe, primero, que la gramática seguía siendo lo mío, pero que debía resignificarla de algún modo: comenzaba a entender que este estudio no se agotaba en el dominio de categorías descriptivas y de relaciones entre elementos dentro de un sistema cerrado al que sólo podían acceder los iniciados.

Cuando el feliz azar me enfrentó al desafío de estudiar el discurso de personas marginadas social y discursivamente, comprendí que el lenguaje es, ante todo, una práctica social, y que es al interior de esa práctica donde los sujetos hablantes nos representamos el mundo. Descubrí que, sin siquiera tener conciencia de ello, como hablantes vehiculamos y reinventamos constantemente visiones de mundo mediante la palabra, y que lo hacemos interactivamente, nunca solos, ni aun en el monólogo interno. Así, por una parte, llegaba a convencerme de que forma y contenido son las dos caras de una misma moneda y que la fascinación de la que hablaba Benveniste residía en la indisolubilidad

de este matrimonio, por más que alguna vez yo misma hubiera creído en la pretensión “científica” que busca fragmentarlo para arrojar luz sobre él. Por otra parte, me percataba de que podía hacer cosas en el mundo con el lenguaje y *también* con su estudio, si me comprometía a mirarlo con el respeto que se merecía. Esa grandeza fue lo que me cautivó de este quehacer tan desconocido y críptico para la mayoría de los mal llamados “legos”, legos que, sin embargo, usan el lenguaje día a día para comunicarse, construir dinámicamente el mundo y posicionarse en él. Qué duda cabe: lo hacen a las mil maravillas, sin manejar noción alguna sobre morfosintaxis, semántica, lexicografía ni fonética.

Ahora bien, que no se me malinterprete: sigo valorando profundamente todas las categorías, los niveles analíticos y las teorizaciones que están en la base de nuestros estudios; sin ellos jamás habría llegado a cristalizarse en mí el sentido que los entrelaza. Me atrevo, no obstante, a asignar la dimensión que corresponde al nunca bien ponderado componente “extralingüístico”: si no hubiera sido por la pasión y el entusiasmo que me fueron infundiendo dos grandes guías e inspiradoras en este camino, no habría llegado muy lejos. Posiblemente habría abandonado mi empeño al primer obstáculo cuando intentaba dilucidar la naturaleza de este objeto que contemplaba, manipulaba y cuestionaba en cada lectura y análisis.

Cuando al fin me decidí por un tema de tesis dentro del estudio del discurso académico, ya daba vueltas en mi cabeza la idea de dar más consistencia y coherencia a las que hasta entonces parecían intuiciones fragmentarias. No fue poco lo que encontré al empezar y al terminar: si bien no descubrí la pólvora, apenas puedo, después de esta experiencia investigativa, dejar de maravillarme a cada momento por todo lo que, en lo personal, se me reveló y por todo lo que, como disciplina, vi que se nos tendía por delante. Porque no es solo que nos quede seguir estudiando y redefiniendo el objeto, con todo el rigor que exige un quehacer científico; en particular, siento que quedan pendientes, en nuestras disquisiciones teórico-metodológicas, todas las rearticulaciones necesarias para lograr con ellas efectos y cambios concretos en el mundo. En eso la Lingüística no está sola, aunque aún quede por esclarecer su peso específico en el estudio de este objeto maravilloso, del que a ratos –quizás por terror– los lingüistas queremos apropiarnos tan mezquinamente.

Agradezco a la Academia por un estímulo que viene a coronar, a su vez, el reconocimiento, la confianza y el apoyo de todos quienes me acompañaron para lograr dar cuerpo a esta empresa. Solo me queda por enunciar un deseo: quisiera transmitir la misma alegría y satisfacción que hoy me invaden a los que en adelante estén conmigo en este empeño que, al menos para mí, no termina aquí, aunque a ratos parezca un empeño tan extravagante. Buenas tardes.